H. G. Wells

Rusia en las sombras

Traducción y prólogo de Xavier Carbonell



Título original: *Russia in the Shadows*

Edición: J.L. Serrano
© Traducción y prólogo: Xavier Carbonell, 2026
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Ilustración de cubierta: Xavier Carbonell

Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2026

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798140450601

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

Comunismo, utopías y marcianos

H. G. Wells y Lenin se encontraron en el Kremlin en 1920 y hablaron de tres cosas: comunismo, utopías y marcianos. La conversación gravitó, además, entre dos reproches. El de Wells era práctico («¿en qué tipo de país estás tratando de convertir a Rusia?») y el de Lenin, ideológico («¿pero por qué no trabajas por la Revolución?»). Hablaron vigilados por un diplomático, el señor Rothstein, entre montañas de papeles y libros. Hablaron en inglés.

Wells tenía miedo de escuchar la risa por la que Lenin era célebre, que parecía amable al principio pero se diluía luego en cinismo y condescendencia. Al parecer, Lenin teorizó, gesticuló, se exaltó y fue indiscreto —le contó que tenía un consejero secreto enviado por Washington—, pero no rio.

La entrevista con el líder soviético era la última estación de un viacrucis que el escritor inglés había iniciado con su hijo, de San Petersburgo a Moscú, un paisaje de absoluta desolación que describe en este libro, *Russia in the Shadows*.

Quería ver con sus propios ojos la destrucción del país, que la prensa británica atribuía ridículamente a los «agentes de un misterioso contubernio racial, una sociedad secreta en la cual los judíos, los jesuitas, los masones y los alemanes están involucrados del modo más alucinante».

No encontró el famoso Estado masónico, pero sí «el espectáculo del colapso» y el «vasto e irreparable desastre» en que se había sumido Rusia desde 1917. Wells culpaba sobre todo al fanatismo bolchevique por Marx, al que consideraba «un pesado de alta categoría», con dos tercios de su cara cubiertos por su barba, cuyo infumable *El capital* se había convertido en la Sagrada Escritura de los rusos.

A Wells le dolió ver las montañas de basura en San Petersburgo, las condiciones en que vivía Gorki —que fue quien le consiguió la entrevista con Lenin—, las calles vacías, los comerciantes fusilados por «piratas», las libretas de abastecimiento y la especie de pulsión por el camuflaje que se había apoderado de los rusos. Camuflarlo todo, desde la pobreza hasta el pensamiento, «como si la situación de Rusia pudiera disimularse de alguna manera».

Pese a todo, los rusos «añoraban el conocimiento más que el pan», porque los sóviets también habían barrido con todo contacto con el avance científico y literario de Occidente. La

mejor imagen del estudioso deprimido es la de Pávlov, a quien Wells describe con una vieja bata de laboratorio, sembrando papas y zanahorias para sobrevivir.

De la conversación con Lenin se conserva una foto en la que el ruso levanta el dedo amenazadoramente. Wells parece atrincherarse entre los papeles. Sus rasgos son los de un tártaro, no los de un judío, anota. Su voz, por lo general amable. Sus argumentos, propios de «un soñador en el Kremlin».

Lenin le confiesa a Wells que la idea de que la Revolución haya arrancado en Rusia y no en Inglaterra, como había previsto Marx, lo desvela. Esa espina en su zapato teórico lo lleva a improvisar constantemente. Es un Gobierno improvisador, subraya Wells, porque nada salió como había profetizado el barbudo alemán. Esa duda aísla a Lenin de los rusos más que las decenas de militares que le cuidan las espaldas, y que hacen de él, según Wells, un dictador en sentido estricto. Dicta porque el país que quiere solo puede existir en las palabras, nunca en la realidad.

La conversación llega a su límite alucinante cuando aparece el tema de los alienígenas. Ese intercambio no está en el libro y hay que recurrir a un biógrafo de Wells, Iuli Kagarlitski, para conocer qué dijo Lenin del comunismo cósmico: «Si tenemos éxito en hacer contacto con otros

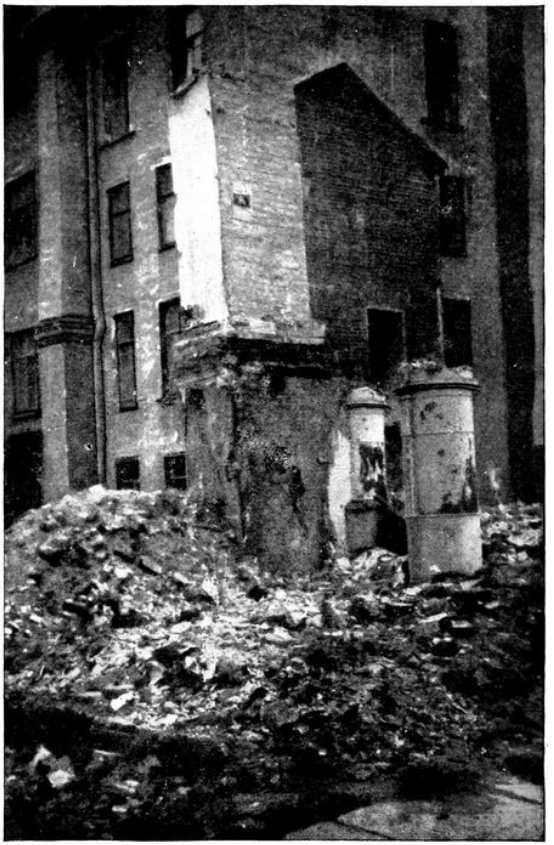
planetas, todas nuestras ideas filosóficas, sociales y morales tendrán que someterse a revisión, y tras este acontecimiento las posibilidades serán ilimitadas y pondremos fin a la violencia como un medio necesario para el progreso».

Esta cita delirante sirvió de fundamento cuando varias organizaciones comunistas quisieron crear secciones para una futura comunicación extraterrestre. Si los alienígenas venían a visitarnos, necesariamente iban a ser comunistas, y si eran comunistas verdaderos lo lógico es que estuvieran en línea con el Kremlin, no con los capitalistas de Washington, Londres o Berlín. En un escenario tan ideal, el argumento de *La guerra de los mundos* quedaba desmantelado.

Leer este libro en el siglo XXI, sobre todo si uno viene de un país totalitario, es un ejercicio de reconocimiento. Para un ruso, un serbio, un polaco, un ucraniano, un kazajo, un estonio, un albanés o un cubano, es imposible no reconocer la larga sombra del Kremlin que durante décadas definió —y en algunos caso sigue definiendo— su historia. Las cartillas de racionamiento, la retórica del bloqueo enemigo, la tristeza de los intelectuales, la miseria de los científicos, el miedo, el enriquecimiento de los dirigentes, el peso de un líder máximo que asfixia todo deseo de democracia: culturas muy distintas han padecido ese lastre.

Wells salió de Moscú con la idea de escribir un libro jocoso que se llamara «El afeitado de Marx». Sin embargo, la amargura pudo más y en pocos meses compuso *Russia in the Shadows*, la crónica de un país tan aislado que solo estaba dispuesto a dialogar con los habitantes de otro mundo.

Xavier Carbonell



Escena de una calle de San Petersburgo. En este lugar fue demolida una casa de madera.

1 · San Petersburgo en ruinas

En enero de 1914 visité San Petersburgo y Moscú durante un par de semanas. En septiembre de 1920, el señor Kámenev, de la Delegación Comercial de Rusia en Londres, me solicitó que repitiera la visita. Acepté de inmediato y me fui a Rusia a finales de septiembre con mi hijo, que habla un poco de ruso. Pasamos allí dieciséis días, la mayor parte de ellos en San Petersburgo, donde deambulamos por la libre y nos mostraron casi todo lo que quisimos ver. Visitamos también Moscú y allí tuve una larga conversación con el señor Lenin, que contaré más adelante. En San Petersburgo no me hospedé en el Hotel International, al cual envían habitualmente a los visitantes extranjeros, sino con mi viejo amigo Máximo Gorki. La intérprete y guía designada para asistirnos era una dama que yo había conocido en Rusia en 1914, sobrina de un antiguo embajador ruso en Londres. Había sido educada en Newnham y el gobierno bolchevique la había arrestado cinco veces. No tenía permiso para abandonar San Petersburgo

porque había intentado cruzar la frontera hacia Estonia, donde estaba su hijo, y por lo tanto era la última persona de la cual hubiera esperado un engaño. Menciono esto porque tanto en casa como en Rusia me habían advertido de que allí iban a camuflar a toda costa la realidad, y que me iban a mantener en la ceguera durante toda mi visita.

No obstante, la dura y terrible realidad de la situación rusa no puede camuflase en modo alguno. En el caso de las delegaciones oficiales, quizás, sería posible y hasta factible dejarse distraer por el tumulto de recepciones, bandas y discursos. Pero no es fácil disfrazar dos grandes ciudades solo por aparentar delante de dos visitantes ocasionales, que erraban mirándolo todo en diversas direcciones. Naturalmente, cuando uno pide que le muestren una escuela o una prisión, no le enseñan la peor. Cualquier país mostraría en estas circunstancias lo mejor que tiene, y la Rusia soviética no es la excepción. Hay que tenerlo en cuenta.

Nuestra impresión predominante de la situación en Rusia es que se trata de un vasto e irreparable desastre. La gran monarquía que hubo aquí en 1914, los sistemas administrativos, sociales, financieros y comerciales que estaban vinculados a ella, han caído y están completamente destrozados tras seis años de guerra incesante. Nunca en

la historia se ha presenciado semejante debacle. El hecho de la Revolución ha quedado, a nuestro criterio, eclipsado por el calibre de la catástrofe. Por culpa de su podredumbre interna y de las tensiones de su agresivo imperialismo, la parte que correspondía a Rusia del mundo viejo y civilizado que existía antes de 1914 ya cayó, ya no existe. El campesino, que era el fundamento de la vieja pirámide, sigue en el campo, viviendo más o menos como ha vivido siempre. Todo lo demás se rompió o se está rompiendo. En medio de esta enorme desorganización ha tomado el control un gobierno de emergencia, apoyado por un disciplinado grupo de ciento cincuenta mil adeptos: el Partido Comunista. Se ha suprimido —a costa de fusilar bastante— el bandolerismo, se ha instaurado una especie de orden y seguridad en estos pueblos exhaustos, y se ha establecido un riguroso sistema de racionamiento.

Este es, debo decirlo de una vez, el único gobierno posible en Rusia tal y como están las cosas. Es la única idea, proporciona la única forma de solidaridad que sobrevive en Rusia. Pero este es un hecho secundario. La cuestión principal para el lector occidental, el dato desconcertante y amenazador, es que un sistema que tanto se parecía al nuestro y que tan íntimamente estaba conectado a él ahora se ha estrellado.



Una calle de San Petersburgo.

En ningún lugar se manifiesta con más claridad esa colisión que en San Petersburgo. San Petersburgo fue la creación de Pedro el Grande. Su estatua de bronce en el pequeño jardín del Almirantazgo todavía se yergue sobre la decadente vida de la ciudad. Sus palacios están vacíos y mortecinos, o bien inexplicablemente amueblados con máquinas de escribir, mesas y paredes improvisadas de la nueva Administración, que se mantiene ocupada en una intensa lucha contra el hambre y los invasores extranjeros. Alguna vez sus calles estuvieron llenas de comercios trepidantes. En 1914 merodeé alegremente por esas calles de San Petersburgo, comprando pequeños artículos y presenciando el abundante tráfico. Todas esas tiendas han cerrado. Quedarán, si acaso, media docena de negocios todavía funcionando en San Petersburgo. Hay una tienda estatal donde compré un plato o algo parecido como suvenir,

por siete u ocho rublos, y algunas floristerías. Me parece asombroso que, en una ciudad en la cual la escasa población que queda está muriéndose de hambre, y en la que casi nadie posee dos trajes o más de un cambio de ropa de lino gastado y remendado, todavía se vendan y compren flores. Por cinco mil rublos, el equivalente a seis libras y ocho peniques al cambio actual, se puede conseguir un bonito ramo de crisantemos.

No sé si la frase «todas las tiendas han cerrado» evoca en el lector occidental algún tipo de imagen de cómo luce en realidad una calle en Rusia. No es como en si fuera domingo en la calle Bond o en Picadilly, donde las persianas duermen un decoroso sueño, y se preparan para despertar de nuevo el lunes. Las tiendas a las que me refiero tienen la apariencia de un naufragio, la pintura está descascarada, las ventanas rotas. Unas están derruidas y clausuradas con tablas, otras conservan reliquias polvorientas de lo que alguna vez vendieron, y algunas tienen las vitrinas empapeladas por anuncios. Los cristales están sucios, las cosas acumulan el polvo de dos años. Son negocios muertos. Nunca más abrirán.

Todos aquellos mercados parecidos a grandes bazares también se han esfumado de San Petersburgo, víctimas de la batalla desesperada por mantener el control público de las necesidades y prevenir el enriquecimiento con los últimos vestigios de comida que hay, a precios indecibles. Este cierre total de tiendas hace que pasear

por las calles sea una actividad ridícula. Nadie «pasea» ya. Uno se da cuenta de que una ciudad moderna no es nada, realmente, sin esos largos callejones de tiendas, restaurantes y establecimientos similares. Ciérralos y el significado de una calle desaparecerá. La gente camina apurada, un tráfico más que exiguo si lo comparo con lo que conocí en 1914. Los tranvías eléctricos todavía funcionan y siempre van bastante llenos, hasta las seis de la tarde. Es el único medio de transporte con el que cuenta la gente, el último legado de la empresa capitalista.



Un tranvía funcional en San Petersburgo.

El abordo se volvió gratuito durante nuestro viaje a San Petersburgo; antes costaba dos o tres rublos, la centésima parte del precio de un huevo. Decretar su gratuidad ha supuesto muy poca diferencia para la congestión extrema durante las horas del regreso a casa. Todo el mundo se

apelotona en el vagón. Si no hay espacio dentro hay que engancharse fuera. En los horarios más intensos, verdaderas enredaderas humanas buscan su agarre en cualquier superficie del tranvía. Con frecuencia los empujan y, por tanto, con frecuencia se accidentan. Fuimos testigos de cómo una multitud se agrupaba en torno a un niño que había sido cortado a la mitad por un vagón. Dos personas del pequeño círculo en el que nos movíamos en San Petersburgo se habían fracturado sus piernas en accidentes de tranvía.

Las líneas por las cuales se mueven estos coches están en condiciones terroríficas. No han sido reparadas en tres o cuatro años, están llenas de baches en forma de conchas, que a menudo tienen casi un metro de profundidad. Las heladas han carcomido el pavimento, las tuberías han colapsado y la gente ha desbaratado el suelo de madera para encender sus chimeneas. Solo una vez vimos algún amago de reparación de calles en Petrogrado. En una vía secundaria, una misteriosa agencia había amontonado una serie de tablones de madera y dos barriles de alquitrán. La mayoría de nuestros recorridos largos por la ciudad se hicieron en coches de motor, cachivaches de la vieja época. Un paseo en automóvil siempre trae consigo giros bruscos de timón y magulladuras tremendas. Estos aparatos sobrevivientes ahora funcionan con queroseno.

Emiten nubes de humo azul pálido y arrancan haciendo un ruido como de ametralladora. Todas las casas de madera han sido desmanteladas para encender las hogueras del invierno pasado. La estructura es lo único que queda, en ruinas, entre casas de mampostería.

Todo el mundo está como gastado. Todos parecen ocuparse en transportar paquetes entre San Petersburgo y Moscú. Caminar por una calle menor en el crepúsculo, y no ver nada más que estas figuras enfermizas, apuradas siempre, cargando bultos siempre, da la impresión de que todos están a punto de salir volando. Esta impresión no es en modo alguno errónea y las estadísticas bolcheviques son perfectamente sinceras sobre el asunto. La población de San Petersburgo ha caído de 1.200.000, antes de 1919, a poco más de 700.000. Y sigue en picada. Mucha gente ha vuelto al campo o se ha marchado al extranjero, y la miseria ha pasado factura en la ciudad. La tasa de mortalidad en San Petersburgo es de 81 por cada 1.000; en el pasado había sido una de las más altas de Europa, con 22. La tasa de nacimientos en esta población deprimida y mal alimentada es aproximadamente 15; antes era 30.

Los paquetes que lleva todo el mundo contienen raciones de comida que entrega el poder soviético, pero también objetos traficados ilegalmente. La población rusa siempre ha sido de tradición comercial y también carera. Incluso en

1914 había muy pocas tiendas en San Petersburgo cuyos precios fueran realmente fijos. Los aranceles les parecieron siempre abominables. En Moscú, abordar un *droshky*[1] siempre supuso regatear cada diez *copecs*[2]. Frente a la escasez de casi cualquier producto, provocada en parte por la guerra —Rusia ya lleva seis años padeciéndola—, y en parte por el colapso de la organización social, además del bloqueo exterior, con su moneda en el desorden más absoluto, la única manera de salvar a las ciudades del caos del acaparamiento, la especulación, la inanición y la pelea salvaje por la comida y los objetos de primera necesidad, era implementar alguna clase de control colectivo y de racionamiento.



El señor Wells descubre una calle en reparación.

[1] Carruaje de caballos con cuatro ruedas utilizado en Rusia y en varios países europeos del este. (Todas las notas, a menos que se indique lo contrario, son del traductor).
[2] La centésima parte de un rublo.

El racionamiento forma parte de la naturaleza del gobierno soviético, pero cualquier gobierno hubiera tenido que racionar dadas las condiciones actuales de Rusia. Si la Gran Guerra hubiera durado hasta el día de hoy, Londres hubiera tenido que racionar también la comida, la ropa y la vivienda. En Rusia esto tiene que hacerse sobre la base de una producción campesina incontrolable, con una población vaga e indisciplinada por temperamento. La lucha es necesariamente amarga. Cuando un especulador es descubierto, un especulador genuino que opere a una escala considerable, es fulminado sin miramientos: lo fusilan. El comercio más ordinario puede ser castigado severamente. Ahora a cualquier forma de comercio la llaman «especulación» y es ilegal. Sin embargo, un puesto callejero de comida puede hallarse en alguna esquina de San Petersburgo, y el mismo fenómeno puede producirse en Moscú: consentir la existencia de estos pequeños negocios es la única manera de hacer que los campesinos traigan sus productos a las ciudades.

Hay mucho comercio clandestino entre compradores y vendedores que ya se conocen. Cualquiera puede vender sus raciones públicas a través de este método, y toda estación de ferrocarril en la que nos detuvimos era un mercado al aire libre. Encontrábamos un grupo de campesinos en cada parada, vendiendo leche, huevos, man-

zanas, pan y así sucesivamente. Los pasajeros bajaban y se llevaban sus paquetes. Un huevo o una manzana costaba 300 rublos.

Los campesinos parecen bien alimentados, y dudo que estén mucho peor que en 1914. Incluso es probable que estén mejor. Tienen más tierra que antes y se han librado de sus terratenientes. No apoyarán a nadie que quiera derrotar al gobierno soviético porque están convenidos de que durará mientras continúe el actual estado de cosas. Esto no quiere decir que no se resistan cada vez que la Guardia Roja pretende llevarse sus productos a precios regulados por las autoridades. Si los efectivos de la Guardia Roja son insuficientes, pueden llegar a ser atacados y masacrados. Estos incidentes son magnificados luego por la prensa londinense como insurrecciones campesinas contra los bolcheviques. No es nada de eso. Se trata simplemente de campesinos luchando por su espacio frente al régimen.

Pero todas las clases que están por encima de los campesinos —incluyendo la clase oficial— están ahora en un estado de privación extrema. El sistema industrial y crediticio que sustentaba la producción está quebrado, y los intentos de sustituirlo por algún otro esquema productivo han sido inefectivos. En ningún lugar se encuentran ya cosas nuevas. De lo único que parece haber buen suministro es de té, cigarrillos

y fósforos. Hay más fósforos en Rusia que los que había en Inglaterra en 1917, y un fósforo soviético es muy buen fósforo. Pero lo que son tirantes, corbatas, cordones, sábanas, mantas, cucharas, tenedores, todo lo que sea vajilla o bisutería, es inaccesible. No hay repuesto para una taza o una copa rota si no es buscando y comerciando ilegalmente. De San Petersburgo a Moscú disfrutamos de un compartimiento de lujo, pero no había botellas de agua, copas ni accesorios de ningún tipo. Todo se había esfumado. La mayoría de hombres con los que nos encontramos parecen afeitados al descuido, y al principio creíamos que era un signo de la apatía generalizada, pero lo entendimos cuando un amigo le mencionó a mi hijo que había estado usando la misma navaja de afeitar por casi un año.

Las medicinas y fármacos son igualmente inalcanzables. No hay nada que tomar si uno tiene un resfriado o un dolor de cabeza, ni manera de irse a la cama con una bolsa de agua caliente. Las pequeñas dolencias escalan rápidamente hacia problemas serios. Casi todas las personas con las que nos encontramos nos parecieron fatigadas y un tanto sufrientes. Una persona boyante y saludable es muy difícil de encontrar en esta atmósfera incómoda y deficiente.

Si alguien se enferma de verdad, el pronóstico es sombrío. Mi hijo visitó el hospital Obuchovskaya y

me dijo que la situación allí es verdaderamente lamentable. Había una falta espantosa de material médico, y la mitad de las camas estaban inutilizadas dada la imposibilidad de atender a más pacientes de los que ya hay. Recibir comida sustanciosa y reconstituyente está fuera de discusión, a menos que la familia del paciente pueda, en virtud de algún milagro, procurársela en el exterior y mandársela. Las operaciones se realizan una vez a la semana, según el doctor Federov, cuando pueden ejecutarse las preparaciones necesarias. Hay días en que es imposible y el paciente debe esperar.

Casi nadie en San Petersburgo posee más que un cambio de ropa y unas botas de talla ajena, hecho grave en una gran ciudad en la que no quedan más medios de transporte que unos pocos tranvías abarrotados, viejos, con goteras.[3] A veces uno es testigo de improvisaciones insólitas en temas de vestuario. El director de una escuela a la que hicimos una visita sorpresa nos pareció inusualmente elegante. Vestía un traje de gala con un chaleco de sarga azul. Algunos de los distinguidos científicos con los que me

[3] Una vez vi una patana en el río Nevá cargada de pasajeros. Lo normal es que no haya ninguna embarcación en el río excepto esa barcaza gubernamental y algún bote solitario en el que se recoge madera flotante. (Nota de H. G. Wells).

encontré no tenían camisas de cuello y usaban pañuelos alrededor de su garganta. El traje que usa Gorki es el único que posee.

En una velada literaria en San Petersburgo, el señor Amfiteátrov, conocido escritor, me dirigió un largo y amargado discurso. Sufría el habitual prejuicio de pensar que soy ciego y estúpido y que me están engañando. Quería quitarles los abrigos de aspecto respetable a todos los presentes para que yo pudiera ver con mis propios ojos los harapos, los trapos y los lamentables accesorios que se escondían debajo. Fue una perorata dolorosa y, en lo que a mí concierne, innecesaria, pero la narro para subrayar el sentimiento de degradación general. La población desharrapada de esta ciudad ruinosa y destartalada, pese al comercio furtivo, sigue padeciendo desnutrición. Ni con la mejor voluntad del mundo podría el gobierno soviético producir una cantidad suficiente de comida para sostener una vida. Fuimos a una cocina estatal para presenciar una distribución habitual de comida. El lugar nos pareció razonablemente limpio y administrado, pero eso no compensa la falta de material. La ración mínima consiste en un cuenco de leche aguada y la misma cantidad, aproximadamente, de compota de manzana. Quienes cuentan con una tarjeta para obtener el pan deben hacer largas colas, pero en San Petersburgo las panaderías han lle-

gado a parar durante tres días seguidos por falta de harina. La calidad del pan varía considerablemente; en algunos ocasiones hubo buen pan de centeno, en otras encontré una masa terrosa e intragable.

No sé en qué medida estos detalles aislados lograrán que el lector occidental se haga una idea de cómo es la vida ordinaria de San Petersburgo en la actualidad. Moscú, dicen, tiene más población y menos combustible que San Petersburgo, pero en conjunto es menos sombrío. Vimos todo esto durante el mes de octubre, un octubre particularmente cálido y agradable. Lo vimos a pleno sol, entre arboledas doradas y rojizas. Pero un día llegó el frío, disipó las hojas amarillas y trajo consigo un torrente de copos de nieve. Era el primer hálito del invierno. Todo el mundo tiritaba y miraba más allá de las ventanas dobles, ya selladas, y nos hablaba del año que había pasado. Entonces el brillo de octubre volvía.

El amanecer era todavía glorioso cuando abandonamos Rusia. Pero al recordar la llegada de ese invierno se me encoge el corazón. En la comuna del norte, el gobierno soviético ha hecho extraordinarios esfuerzos para prepararse para este tiempo de necesidad. Hay pilas de leña en los muelles, a lo largo de las avenidas principales, en los patios y en casi cualquier lugar donde pueda apilarse la madera. El año pasado, muchas

personas tuvieron que vivir en habitaciones que estaban por debajo del punto de congelamiento. Las tuberías se habían congelado y los mecanismos de higiene ya no funcionaban. El lector podrá imaginarse las consecuencias. La gente se hacinaba en habitaciones pobremente calentadas, y se mantenía viva a base de té y conversación. Pronto algún novelista ruso nos dirá lo que todo esto significa para la mente y el corazón ruso. Quizás este año no sea tan malo. La situación alimentaria, dicen, es mejor, pero lo dudo mucho. El ferrocarril se encuentra en estado de extremo deterioro; los motores de vapor están dañados; los tornillos se aflojan y los raíles se desplazan mientras los trenes avanzan a una velocidad máxima de cuarenta kilómetros por hora. Incluso allí donde los raíles están en mejor estado, Wrangel[4] es quien tiene el control del suministro de comida en el sur. Pronto una lluvia gélida caerá sobre las 700.000 almas que todavía quedan en San Petersburgo, luego vendrá la

[4] Piotr Wrangel (1878-1928), conocido como el Barón Negro, fue el militar ruso que dirigió el movimiento blanco al final de la guerra civil. Hijo de una familia noble, combatió en la guerra ruso-japonesa y, tras huir de su país en 1920, se convirtió en una de las figuras más prominentes del exilio. Murió en Bruselas, presuntamente envenenado por su propio hermano, simpatizante de los soviéticos.

nieve. Las largas noches se apoderarán de todo, a medida que la luz del día se haga más escasa.

¡Y este espectáculo de miseria y declive, dirán ustedes, es el resultado del dominio bolchevique! No lo creo. Me ocuparé del gobierno bolchevique cuando acabe de pintar el cuadro general de nuestro problema. Pero permítanme decir aquí que la desolación de Rusia no consiste en que un sistema que ha sido atacado y destruido por una entidad vigorosa y maligna. Era un sistema enclenque que se agotó a sí mismo y finalmente cayó. No fue el comunismo el que construyó estas ciudades inmensas, insostenibles, sino el capitalismo. No fue el comunismo el que empujó a los rusos a esta enorme y achacosa bancarrota, y a seis años de agotadora guerra. Fue el imperialismo europeo. Tampoco es el comunismo el que ha infestado a esta Rusia sufriente y quizás moribunda de rebeliones subsidiadas, invasiones e insurrecciones, ni quien ha infligido este atroz bloqueo. El vengativo acreedor francés y el idiota periodista británico son mucho más responsables de este lecho de miserias que los comunistas. Pero volveré sobre estas cuestiones tras describir a Rusia tal y como la vimos durante nuestra visita. Solo cuando se tenga alguna idea de la realidad mental y física del colapso ruso uno puede apreciar el verdadero calibre del gobierno bolchevique.

Índice

Comunismo, utopías y marcianos / 7
1 · San Petersburgo en ruinas / 15
2 · Naufragio y rescate / 33
3 · La quintaesencia del bolchevismo / 55
4 · El esfuerzo creativo en Rusia / 79
5 · El Sóviet de San Petersburgo / 97
6 · El soñador del Kremlin / 103
7 · El enviado / 121